

ANDRES BELLO EN LA “GAZETA DE CARACAS”

Por Ramón Díaz Sánchez

Que se evoque la “Gazeta de Caracas” cada 24 de Octubre es cosa muy justa y hasta necesaria. Y que la Televisión colabore en esta efemérides para darle una dimensión nueva, nos parece todavía mejor. Lo que ya no resulta explicable es que se prescinda de ciertas proyecciones históricas que están bien establecidas y que constituyen, a no dudarlo, el aspecto más trascendente de aquel acontecimiento que ya reflejan su verdadero significado venezolano. Por ejemplo, la participación de Andrés Bello en la redacción del ilustre vocero.

En efecto, es sorprendente que a estas alturas, al dramatizar las circunstancias en que se fundó la “Gazeta”, en 1808, se omita o eche en olvido la ingerencia de Don Andrés y que en cambio se destaque, casi hasta convertirlo en el héroe de la empresa, al Capitán General Don Juan de Casas. La bibliografía relativa a este acontecimiento es abundante y específica. Bastante ha escrito de ello el erudito bellista Don Pedro Grases. Lo han hecho también José Ratto Ciarlo y otros periodistas que con exacto sentido de lo venezolano, subrayan su significación con justificado énfasis. A este propósito escribe Grases en el prólogo del libro “Materiales para la Historia del Periodismo en Venezuela durante el Siglo XIX”:... “Merece destacarse el hecho de que Andrés Bello fuese el Redactor del primer periódico venezolano, la “Gazeta de Caracas”. “¡Compromiso grave, con tal comienzo, para la prensa nacional!”. A lo que se podría añadir... Y para los historiadores de nuestro periodismo.

Sin duda alguna la conducta del Capitán General Interino Don Juan de Casas es digna de reconocimiento por cuanto demuestra que la cultura de la provincia no le era indiferente; más enmarcado su gesto en el ámbito de las ideas a las cuales servía, no se le puede atribuir mayor significado que el episódico; igual, por ejemplo, al que hay que reconocer a los fundadores de la Universidad Real y Pontificia. Sería absurdo regatear a estos fundadores el valor histórico de su iniciativa pero más lo sería ignorar a los suscitadores de aquellos fermentos que en ella tuvieron su centro, entre los cuales se destacan el clérigo, Baltazar Marrero y los profesores y estudiantes que dieron nuevo sentido a las inquietudes del Alma Mater.

Joven entonces de 27 años, Bello fue redactor de la *Gazeta* en su período inicial. Y aunque en aquellos momentos no se hubiese significado por su espíritu revolucionario, aportaba no obstante a la nueva empresa la impronta de su venezolanidad. Esto es lo que históricamente iba a definir como obra de aliento venezolano una iniciativa de dos extranjeros (Gallagher y Lamb) auspiciada por el representante del Gobierno español. Sin la participación de aquel hombre pacífico, adicto al régimen colonial (puesto que desempeñaba un cargo en la Capitanía), pero inmerso ya en la substancia histórica de lo nacional, la *Gazeta* habría sido un periódico, el primer periódico de Venezuela, pero sin ese substantivo sentido que le descubre Grases y que le hace exclamar: “¡Compromiso grave, con tal comienzo, para la prensa nacional!”.

No creo equivocarme si digo que cuando un venezolano culto de nuestros días reconstruye en su mente el acto histórico de aquella fundación, después del noble gesto de Miranda al traer una imprenta en su mezquina expedición de 1806, lo más interesante es la figura del joven sabio inclinado sobre unos tipos y una prensa que debieron representar para él, el hito de mayor trascendencia en la historia de su *patria* y de su cultura en su tiempo. Es por estos dos hechos que la *Gazeta* puede significar y significa realmente *Patria*. Por consiguiente, una dramatización de tal acontecimiento queda incompleta, lamentablemente trunca sin ese elemento. ¡Qué hermoso cuadro, dentro de una representación escénica – teatro, cine televisión—, el del momento en que Bello escribe sus *sueños* para el primer vocero que se va a imprimir en su país! Y luego cuando corrige sus pruebas y contempla la página ya terminada. Habría que verle grave, conmovido en las fibras de su juventud, aspirando el olor de la tinta nueva, acariciando aquellos tipos y aquella máquina de imprimir, y comentando el suceso con sus amigos. Porque no se puede pensar que ese suceso hubiese pasado inadvertido para los caraqueños que en semejantes momentos palpitaban con la cultura: los Ustáriz, Isnardi, López Méndez, Sanz, los Salias y tantos otros. Simón Bolívar vendría de Yare —¿por qué no?— a mirar también y a soñar frente a la máquina prodigiosa. Y Bello en la redacción del periódico adquiriría talla de precursor. En sus manos estaba cristalizando nada menos que la parte espiritual de la fracasada expedición de Miranda.

Casi podría decirse que cuanto se hiciese en nuestra época para vivificar en la conciencia de los venezolanos la fundación del primer periódico de Venezuela debiera tener

por eje esos dos momentos: el de la incorporación de una imprenta al equipo del *Leandro* y el de la intervención de Andrés Bello en la *Gazeta*.

Pero aun hay algo más que decir en torno a esta evocación, sobre todo porque se trata de una reconstrucción visual. La televisión, vehículo excelente para realizaciones de esta índole, rinde un útil servicio al abordar tales obras. Mas por el ámbito extraordinario que este instrumento abarca en las diferentes capas sociales, por su influencia directa en las menos cultas y —¡principalmente!— en la infancia y la juventud, sus directores debieron medir la gran responsabilidad que asumen y tratar de evitar omisiones y errores que van a influir en mentes sensibles y a crear ideas falsas y aun grotescas de nuestra historia. Esto tiene su aplicación al caso de cierto programa que vimos recientemente sobre la fundación de la *Gazeta de Caracas* y concretamente en lo relativo a la prensa que pudo traer Miranda. Cuesta trabajo creer que el pequeño y elemental aparato presentado allí como tal, recuerde remotamente la realidad. La de la *Gazeta* no debió ser muy distinta a la que diez años después se usó para imprimir el “Correo del Orinoco” y que como una reliquia histórica se conserva en el Museo Bolivariano. En la Enciclopedia Espasa hay datos minuciosos, enriquecidos con multitud de dibujos, sobre la evolución de la máquina de imprimir. Es ridículo que en representación de la prensa a brazo que se usaba en aquellos días, se utilizase un mezquino artilugio que recuerda a las viejas prensas copiadoras de cartas y aun a las de hacer quesos. Puesto que no se trataba de un acto cómico, de un acto de *humour* inglés, destinado a hacer sonreír a un puñado de gentes cultas o complacientes, los escenificadores debieron documentarse mejor y presentar algo más digno de las circunstancias. Es como si al actor que encarnó al Capitán General lo hubiesen vestido de liquilique y alpargatas.

(El Nacional. – Caracas, 26 de octubre de 1955).